



Discurso del Rector

Prof. Santiago García-Jalón de la Lama

Ahora, cuando vuelve octubre en una decadencia de hermosura y trae consigo la exigencia de establecer la derrota de los próximos meses, para no errar, bueno es considerar de nuevo la naturaleza de la tarea universitaria, esa inacabable labranza a la que dedicamos nuestra vida.

La universidad tiene por fin la búsqueda de la verdad y eso entraña un programa de vida intelectual que san John Henry Newman resumía como sigue:

La educación es la que confiere al hombre una visión consciente de sus propios juicios y opiniones, así como la verdad para desarrollarlos, la elocuencia para expresarlos, y la energía para proponerlos.

Mediante la tarea docente, más allá de transmitir conocimientos y adiestrar en habilidades, la Universidad pretende formar en una actitud intelectual dominada por la serenidad, en la que los juicios aparecen sopesados y se argumentan con decisión de manera convincente. Se transfiere al aula el talante del debate académico, distante del altercado, de la batahola que persigue sólo alzarse con el triunfo, desinteresada de perfilar con nitidez los contornos de la verdad.

Hay por eso un íntimo vínculo entre la actividad investigadora y la docente que no consiste tanto en trasladar a ésta los resultados de aquélla, cuanto en que ambas sean gobernadas por los mismos criterios, por el mismo equilibrio en la formulación de las opiniones, en el cálculo de sus consecuencias, en el sosiego de su defensa.

De esta manera, templando la arrogancia ingenua de la adolescencia y contribuyendo a alentar una altísima prudencia, una prudencia dibujada como un torso de mármol, la Universidad cualifica a sus miembros para aportar a la vida social un flujo que la fecunde y renueve.



En el extremo opuesto de esta atmósfera se encuentran la astracanada, el desplante, la descalificación, el voto a mano airada que, por desgracia, menudean en la actual vida pública y que intentan incluso contaminar la vida académica, sustituyendo la fuerza de los argumentos por los argumentos de la fuerza.

Sin embargo, para evitar que el debate se convierta en logomaquia, que la conversación verse sobre asuntos interesadamente elegidos, que todo quede reducido a la habilidad persuasiva hasta el punto de confiar a la retórica la determinación de la verdad, es imprescindible acotar previamente un espacio intangible, sin el cual toda discusión se haría inviable. Es ésta sin duda la tarea intelectual más decisiva de la época que estamos iniciando y, por su propia naturaleza, la Universidad está llamada a participar en ella desempeñando un papel protagonista.

De esta suerte, la Universidad concita una elevada vocación de servicio al bien público y el quehacer de modelar a quienes habrán de llevarlo a cabo el día de mañana.

Retorna octubre trayendo de la mano el otoño suntuoso y convocando al regreso a las labores. Vendrán después la travesía austera de noviembre y los días primeros del invierno y se sucederán los meses, hogaño todavía tan lejanos. Que nos encuentre Dios en la faena que nos ha encomendado, como siervos buenos y fieles.

Muchas gracias.